

POESÍA



Una carta

CLAUDIO BERTONI

**EDITORIAL
CUARTO PROPIO**



FOTOGRAFIA - MACARENA BARRO

CLAUDIO BERTONI.

Santiago, 11 de febrero de 1946. Artista visual y poeta. Ha realizado exposiciones individuales y colectivas en Chile, Estados Unidos, Latinoamérica y Europa. Recibió las becas Fundación Simon Guggenheim (1993), Fundación Amigos del Arte (1982, 1984) y Fondart (1998). En 1997 obtiene el premio de poesía del Consejo Nacional del Libro y en 1991 y 1997 obtiene una mención honrosa en el premio Municipal de Poesía.

Una carta es su sexto libro de poesía.

210688

UNA CARTA

© Claudio Bertoni
Inscripción N° 111.361
I.S.B.N. 956.260.172-2

Editorial Cuarto Propio
Keller 1175, Providencia, Santiago
Fono: (56-2) 2047645 / Fax: (56-2) 2047622
E-mail: clic@netup.cl

Diseño portada: Ximena Milosevic
Composición: E.M.T. S.A.
Impresión: Dolmen Ediciones

IMPRESO EN CHILE / PRINTED IN CHILE
1ª edición, diciembre de 1999

Se prohíbe la reproducción de este libro en Chile
y en el exterior sin autorización previa de la editorial.

Un círculo de piedras

Me ha costado entrar a los textos fundamentales de este libro. La dificultad, en este caso, no procede de que estos textos sean fallidos, ni oscuros, como tampoco del hecho particular de que perturben mi sentido del gusto. Si he de decirlo en estos términos, lo digo: los poemas me gustan mucho. Esto, como lector privado, aislado e íntimo. Pero incluso cuando me he enfrentado a la necesidad de contarle a alguien en qué consiste el libro, no he podido pasar de la idea insatisfactoria de que se trata de unas cartas dirigidas a una mujer, bastante dolorosas por lo demás.

Me parece que se trata de textos que no dejan brecha ni respiro, porque han sido concebidos en una milimétrica amalgama entre la experiencia, la conciencia (la mente que crea, diría Eliot) y la escritura. El procedimiento en que Claudio Bertoni se ha empeñado en estos años –la grabación directa de lo que se ve o de lo que se piensa sobre la “cinta magnética”; el traspaso de primera mano del contenido de la conciencia a su registro– no hace más que promover esta simbiosis. Debemos al sentido poético permanente de Bertoni la comprobación feliz de que el resultado no corresponda a una colección de cabezas de pescado, vulgo incoherencias. Vivir con y para la poesía, ajustar la propia existencia a este supuesto *en el aire* ha sido para Bertoni una suerte de faro que –según entiendo– en estos últimos meses ha tendido a apagarse. Las circunstancias cambian, los modelos de vida tienen su fecha de expiración, en general ignoramos cuándo hay que darle al ego alimento, oxígeno y libertad y cuándo esta entidad –tan ajena a veces a nosotros mismos– se convierte en un monstruo que nos devuelve una cuota demasiado persistente de sombra. Por lo demás, el modo cómo uno escribe sus poemas no tendría por qué seguir un procedimiento canónico. No hay prescripción posible para un ejercicio que excede siempre al individuo que lo ejecuta. Si la poesía reside en las palabras, siempre es algo más que las palabras.

Ya propósito de palabras. El dolor psíquico –aun cuando conlleve para el sufriente la catarsis de las palabras– suele presentarse como una zona dificultosamente accesible para un interlocutor, tanto en el

caso de que éste reconozca en los episodios expuestos experiencias propias como en el caso de que no reconozca nada. ¿Qué se le dice al hombre que pasa por un trance profundo de sufrimiento? ¿Qué análisis prometerle a quien está saturado de sus propias palabras que le hablan por dentro como alentadas por el diablo? (*El diablo en el cuerpo*, tal es el título del inolvidable relato de Raymond Radiguet cuyo tema central es, precisamente, el amor). Sería impropio sugerirle que haga esfuerzos de voluntad, porque él ya sabe del tema. Sería insuficiente ofrecerle compañía, porque no es la nuestra la que busca. Quizás se le podría indicar que no por nada el romanticismo inventó o revivió a la *mujer ángel*, y que quién sabe si en una de éstas un ejemplar de la especie llega a tocar el timbre por bienaventurada equivocación.

Me imagino que para el lector existe un problema semejante. Los textos de Bertoni están demasiado cerca de la experiencia, y para algunos "lectores reales" reconocer los rasgos de esa experiencia puede resultar ominoso. Hay una soledad de fondo y de forma, un círculo de piedras, una argolla de circo rodeando al hablante de estos textos, que a fuerza de manifestar incesantemente las huellas de escarnio que la vida marca en su cuerpo y en su mente, termina siendo un muerto junto al cual la normalidad de la vida se cierra con indiferencia.

Este es el motivo secundario de mi inoperancia como prologuista, y que en todo caso da cuenta de la efectividad de los poemas. El motivo principal es que lo que Bertoni escribe está *sobrecargado* de poesía. Es decir, proporcionalmente desprovisto de retórica poética. La "alta vigilia" que adivinaba Borges en poetas como Blake o Browning uno podría formularla aquí en términos de "baja vigilia", pero vigilia al fin. La intuición –intolerable para la vida cotidiana– de que cada momento o cada cruce de momentos son poéticos, se da en Bertoni a condición de que estos segmentos del tiempo incluyan los conceptos sublimes pero no desestimen a la pulga o al refrigerador. Shakespeare veía en el cuerpo de César, disuelto con los siglos en los átomos y transmutado en barro, un material adecuado para taponear un barril de cerveza.

Por otra parte, la poesía siempre pareciera atraer ciertas dosis de ilegibilidad (lo que no quiere decir que tengamos que esforzarnos en fomentarla). La ilegibilidad poética tiene que ver con que no somos

totalmente dueños de las palabras que convocamos y, también, con el hecho cierto de que ante la presencia repentina de la poesía (lo sostuvo alguna vez Bremond) el lector tiende a cerrar el libro. Esta renuncia no sucede en la narrativa —que nos induce a seguir leyendo— ni en la mala poesía, que nos provoca una especie de curiosidad —no diré malsana—, al menos a los que mantenemos un mínimo interés por la lógica. Alguna vez, recuerdo, Adolfo Couve me hizo un involuntario halago cuando quiso revisar los originales de un libro mío de poemas: no pasó de los cuatro primeros versos y cerró la carpeta. En ese momento lo tomé como una excentricidad del personaje, pero con los años me di cuenta de que podría tratarse de una prueba de que el lector Couve había vislumbrado alguna hebra de luz poética entre las palabras de las que fui depositario.

Claudio Bertoni pertenece, en mis ordenaciones intelectuales, a una línea de poetas chilenos cuya tradición está viva y cuya relectura me parece recomendable, al margen de la intromisión o de la omisión de cada uno de ellos en las incompletas y al tiempo excesivas antologías que cada tanto se publican. Me refiero a Lihn, a Pohlhammer y a Rodrigo Lira. Todos estos autores, de orientaciones distintas, intersectan en una época —los años 70-80— y en una voluntad realmente libre frente al engendro textual que deriva o no en la poesía. No es pura coincidencia que al menos tres de ellos, los más jóvenes, hayan intentado filtrar en algún momento su racionalismo chileno con la espiritualidad disciplinada, las doctrinas orientales o, al menos, con la esoteria: Lira a menudo aventuraba explicaciones que provenían de Gurdjieff; Pohlhammer adscribió a las enseñanzas del gurú Maharaji; y Bertoni ha declarado en más de una oportunidad sus filiaciones con el budismo y con Thomas Merton. Aunque no sería raro que la coincidencia correspondiera a un accidente generacional.

Cambio de tema: las imágenes insistentemente dolorosas y amorosas de los textos de Bertoni me despiertan dos imágenes de biblioteca, que de haberlas encontrado en sus fuentes podrían servir de epígrafe a este prólogo. Una corresponde a un poema de Marcial, a uno de los poemas no satíricos de Marcial, donde expresa su anhelo de vida —no demasiado distante de la *aurea mediocritas*— y cuyo verso más señero es “quiero un lecho tibio, pero casto”. La otra referencia es un

recuerdo mínimo de una vieja lectura: el momento en que el narrador-protagonista de *Desesperación*, de Nabokov, mira girar en la taza del w.c. el pucho que momentos antes ha arrojado su sucesor en los favores de una mujerzuela (no sin odio, por cierto, no sin un recalciante rencor). Entre estos dos polos, entre estos dos gestos existenciales se estira el dramatismo de los poemas de Bertoni.

Pero el rencor amoroso tiene más de amor que de rencor, y en este caso su puesta en escena acusa un fenómeno desatendido por las explicaciones de la psicología de bolsillo y acaso también por las de la empastada en tapa dura: la vulnerabilidad masculina. No se sabe de otros textos en la poesía local –como no sea el “Tango del viudo” o algunos poemas de Enrique Lihn o el hermoso “Ela, elle, ella, she, lei, sie”, de Lira– en que se aplique de un modo tan intenso el conjuro de las palabras sobre el residuo del desencanto. Si bien la pregunta tendenciosa que dejó flotando Freud (qué quiere una mujer) ha sido barrida y fregada en teoría por teorías como la del matriarcado, es un hecho que todavía existen en las esferas insomnes del mundo hombres solos a quienes esta pregunta les fustiga la piel: tipos para quienes esta pregunta es cosa viva. No se trata de tangueros engominados, ni de boleristas al acecho, ni de sentimentales perdidos: se trata simplemente de hombres sensibles a las emociones del amor e incapaces de asimilar las del poder.

Si hubiese canto aquí, en este desencanto aún pringado de desesperación, se parecería más a la distorsión jazzística de un mantra que a los bronces de la lírica española. La desprolijidad con que Bertoni escribe sus textos es un efecto sólo aparente: la fórmula jazz y mantra probablemente delata su temprano acercamiento a la generación beat, aunque hay otras tradiciones circulando en su libro. Matías Rivas señala que algo hay en él de los poemas de Horacio dedicados a mujeres –el tema, el rencor y el uso del vocativo, principalmente. Yo agregaría los parlamentos climáticos de ciertos dramas contemporáneos –de T. Williams, de Priestley, del mismo Eliot: el momento en que un actor acosado, reducido a su propia voz, larga por fin la verdad que a la vez hiere, ilumina y alivia.

Roberto Merino

UNA CARTA

*Hasta nunca falso amor confundido
 Con la mujer que se aleja
 Con la mujer perdida
 El año pasado en Alemania
 Que ya no volveré a encontrar.*

G. Apollinaire

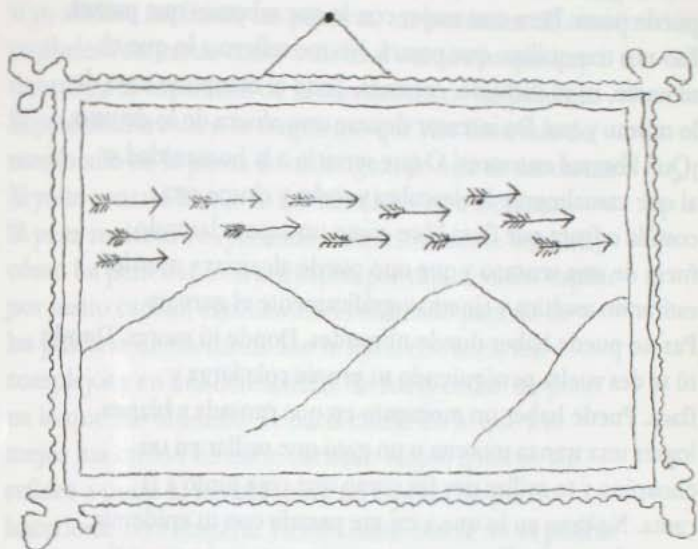
UNA CARTA

I

Todo es curioso. Pero hay unas cosas mas curiosas que otras. Tú no eres curiosa. Yo no te catalogaría de curiosa. Te catalogaría como medianamente chica. Como eternamente ciega. Sin embargo catalogaría de curiosas ciertas circunstancias de nuestra relación. Cuando dije que te catalogaba como eternamente ciega no fue mi intención ofenderte aunque estoy seguro que te sientes ofendida, precisamente por eso: porque siempre serás chica (o pendeja como sabes que te diría). Querer a una persona chica, como es mi caso, es una cruz ni más ni menos cansadora que otras. Pero tiene sus bemoles que son desalentadores hasta el punto de asomarse uno a la desesperación lisa y llana. Tu no te imaginas ni siquiera que no te imaginas el daño que me has hecho al decir cosas que yo me imagino tu te imaginas que no son dañinas. Tu no te imaginas que podríamos vivir yo a tu lado de un lado para otro y de rodillas como si estuviera pagando una manda en la gruta de Lourdes cuando tu vas al baño, cuando tu vas a la cocina, cuando tu vas al living. De rodillas pidiéndote que comprendas, que te fijes, que te des cuenta que ando de rodillas siguiéndote a todos lados en nombre de algo. Cuando digo que morirás chica me refiero a que no te has dado cuenta y que no sabrías, si me vieras, porque ando a tu lado de rodillas. Cuando digas que todo esto es literatura (como sueles hacer) también pensaré que se debe a tu constante a medias ceguera y con el tiempo te volverás chica for ever. Ser chica no es malo. Al menos para ti. Para mi sí. Aunque no tanto. Yo debo actuar por fuera. Ver la estrategia. Olvidarme de las tripas. Olvidarme de la Santa Bárbara. Debo concentrarme en los desplazamientos y en lo que veo desde ahí. Debo

entrar (y lo antes posible mejor) en el terreno de lo que Pavese llamaba la astucia. Tú no dejas otra salida. O es tu maldad o es idiotez (no mucha, pero idiotez al fin), la que no deja que yo me porte con más inteligencia o naturalidad contigo. ¿Sabías tú que Rilke decía que la misión del poeta es "ocultar la belleza"? ¿No es raro eso? ¿No pensarías tú, y yo, y todo el mundo, que se trata precisamente de lo contrario? ¿Si tú estuvieras envenenada (o cualquier cosa), si tu fueras una víctima de la peste. ¿Cómo hablarías? ¿Si tú estuvieras en una situación que ha hecho imposible tu libertad ¿Qué harías? ¿Cómo hablarías de tu opresión? ¿Qué palabras? ¿Qué tono escogerías? ¿Cuándo escogerías la hora de levantarte y salir a hablar con alguien? ¿Cuándo sería la hora de tomar una hoja y escribir una carta? ¿Cuándo sería la hora de decir algo por escrito? ¿A nuestro diario íntimo? ¿A nuestro cuento? ¿A nuestra novela? ¿A nuestro testamento? ¿Y qué habría que decir? ¿Habría que salirse por dónde? ¿Y cómo? De uno mismo y de la opresora irrespirable cansadora y sempiterna situación?

No sabes como vivo. Y deberías saber. Porque ya te lo he dicho. Ya aquí estoy esperando. Tu boca se abre y no dice nada. ¿Nada es lo que dices? ¿Nada es lo que sale de tu boca? Y yo estoy siendo astuto. Uno escogería. Y yo no escojo. Termino aceptando la versión de cualquiera en nombre o en honor a su desesperación. El resultado está a la vista. No puedo huir de lo que has hecho. Ni de lo que harás por mucho tiempo. Sin embargo puedo aplaudirme. De abrirte en canal como te abro. No quiero que nadie más lo haga. No estropearían nada. Lograrían eso sí, un rizo más, un recoveco más, en la enredadera de los mal entendidos que a ti te sirven de guía y escalera. No puedo hablar contigo. Tú has perdido la memoria. ¿Es posible hablar con el hueco que ha dejado en tu cerebro la memoria? Hoy día eres así. Mañana tenemos un gobierno sui generis con nuevas leyes sui generis y con una sibilina hembra desnuda de secretaria general del flamante partido comunista y Ludovico en el poder? ¿Has jugado alguna vez? Cuadro de San Sebastián:



II

Un amigo está bien. No es gran cosa, pero está bien. Una mujer puede pasar. Pero una mujer con la que sabemos que pasará. Eso nos tranquiliza: que pasará. No me refiero a lo que tú ni nadie, ni yo incluido, creamos. Todo el tiempo se trata de lo mismo y eso: De intentar dejarse uno afuera de lo de uno. ¡Qué libertad entonces! O que servicio a la humanidad o al que casualmente lo descubra y sorba y chupe esta costilla o fruta que flota libre como un zapato lanzado fuera de una ventana y que uno puede alcanzar y morder estirando ascética y cinematográficamente el gaznate. Paz no puede haber donde tú rondes. Donde tú mores. Donde tú te des vuelta persiguiendo tu propia cola larga y flaca. Puede haber un momento en que cansada y blanca logres una trenza morena o un gato que ovillar en un choapino y te ovilles por fin como una cosa junto a la cama. No creo en lo que a mí me pasaría con tu epidemia, con tu leucemia. Creo apenas y vagamente en lo que a ti te pasaría. En lo que a ti te bajaría el moño. En lo que a mí me perdería. En lo que a ti te perdería.

III

No tienes perdón de Dios. Ninguna mujer lo tiene. Si yo entrara, minuciosamente, en tus cartas. Si yo te mostrara, si yo abriera tus frases, tus palabras, tus oraciones. Si yo abriera tus cartas como a un baúl y sacara lo que hay dentro de la caparazón de la enredadera de las palabras. Si yo descifrara un solo fragmento que vive hace más de medio año en la punta de mi lengua, de una de tus cartas. Si yo te contara lo que tú me has dicho en tus cartas. Si yo te molestara explicando, minuciosamente también, cómo ha penetrado en mí, capita por capita, vasito capilar por vasito capilar, el veneno del contenido para mí de las palabras de tus cartas. Eso te haría entrar en mis complejos y en mis deficiencias. Te haría entrar un poco en lo que has olvidado. Te haría entrar en lo que a lo mejor has creído sin darte cuenta o mejor, ignorar. Me refiero a posar tu mirada sobre mi espera. No puedo hacerlo de otra manera. Viendo hasta donde no es posible mostrarte a ti ¿porqué?, menos que a nadie. Viendo hasta donde no es posible hundir la lengua en la boca de nadie. Viendo hasta donde no es posible ponerte al tanto a ti menos que a nadie. No es posible fotografiarme lo mismo que no es posible fotografiar el comentario de tu flamante y deleznable amiga. Esto es defensa propia. Es otra conciencia, y con razón, la que poniendo sus brazos bajo mis axilas me arrastra retrocediendo rumbo a la puerta de dos hojas de mi casa o pieza. Lo que ahí sucede para mí es pan comido. Sé lo que me pasa en la misma medida que sé lo que no me salva. Y es de lo que se trata: de que no me salva. De que no usaré las palabras que contienen lo que me nutre roe y draga, en los diccionarios.

No nos daré o proporcionaré el placer. No te daré un placer. III
Ni siquiera este. Ni siquiera ese. No me daré a mí el placer.
Aunque nada más sea un temeroso umbral del proceso
al que un etéreo intestino delgado y grueso se vuelve a
suplicar o a mirar en la insistencia de su cordura que
perdura y durará.

IV

(horas después)

He escrito todas estas líneas separado de ti. Ahora –mientras escribo esto– no estoy separado de ti. No es la guerra. Es la dulzura de no hacerlo. Si supieras lo que la dulzura de haberlo hecho a medias y hasta tres cuartos incluso y haberlo abandonado y no saber mientras escribo esto si lo haré a medias otra vez o si lo haré hasta los tres cuartos de nuevo y volveré a la inigualable doceañera del harem para no vengarme de ti. Vuelvo a la M por ti. Vuelvo a la N por ti. Nada es suficiente. Nada me sacia. Y vuelvo a todas ellas por ti. Abro una carta y me basta. Saber no. Ni oler tampoco. Ni sentir que no salió de otra pieza o de la ciudad en la que hay ropa suya y tuya sobre una cama. Dulzura es lo que ha venido a sentir un gesto: su antiguo y triste uso. A mí no me gusta otra que la dulzura que a mi vergüenza le solitariamente queda. Dulzura. ¿Puedes ver a lo que una solapa de angustiosa vida ósea en mi casucha llega? ¿Dulzura en el acto? ¿Dulzura en hojear? ¿Dulzura en hundir? ¿Dulzura en un acto que no es el trámite ad hoc sine qua non de la dulzura? No hay dulzura en mi dulzura. En la dulzura que yo uso de dulzura. En la dulzura que yo llamo dulzura. En la dulzura que yo llamo y se demora y me demora la dulzura. ¿Lo harás cuando termine?

V

Como inyectaría en ti el veneno. Como me salvaría. Si me detengo, muero. Ya dije una estupidez. No he muerto. Un día será cierto. Y el resto será mentira. Podría dejar de hacer lo que hago. Descansaría en ti. No me atrevo a acercarme a tu recuerdo. Ajustado a tu cuerpo. Ajustado a recuerdos recientes. Se cierra el aire sobre tu cuerpo en mi memoria. Sobre los bordes. Sobre las sinuosidades de líneas de tu cuerpo. Y se hunde. Y yo quedo afuera a miles de millones de millas. No es la calma ni algún otro tipo de paz lo que a esta hora de la noche o de la incierta madrugada me espera. Es un álbum detrás de álbum detrás de álbum. Tú lo deberías saber. Algo dentro de ti lo debería saber. Aunque poco sacaría yo, bajo las actuales circunstancias. Te daría placer. Te daría un plinto de barro para enardecerme. Otra cosa que hago es volver sobre mis pasos. Volver sobre mi vida. Volver sobre los inicios de cualquiera de mis senderos. Me busco mi ovación. Me busco mi triunfo. Me busco mi paciencia. Me busco mi fruto. Mi pequeño fruto. Y me lo como. Y me vengo de ti. Suavemente me vengo de ti. Me alimento de mi vida. Me protejo. Vivo. Y no dejo que me mates. Que te comas mi vida. Que me comas a mí. Me meto en mi vida. Retrocedo en mi vida. Me busco aliados. Y los invito a pasar la noche amarga conmigo. A contarme historias en las que galeotes como yo escriben poemas de dieciseisñeras ninfómanas y se salvan como el poeta Kenneth Rexroth se salva y a mí también me salva. Volviendo a la verdad no queda otra cosa que no insistir: Que no quitarse la vida. Porque no es para tanto.

La vida que me has robado. Con la que has trapeado el suelo de las pocilgas que has pisado. La vida que has puesto en la boca del cáncer. La vida que has puesto a ensuciar en tus cartas. La vida que has puesto en la copia de tus cartas. De tus cartas que has puesto junto a otras cartas. Y en las que has puesto tus partes pudendas orgullosamente a flamear a los cuatros vientos. Has vuelto a llorar conmigo. Y a contarle la historia de tu amigo a los demás. Del tonto que no es necesario decir quien es. Del tonto que no es necesario nombrar. Tus cartas que hacen legión. Montones de cartas para genios de alma sensible. ¿Genios de alma sensible que no te alejan de mí? ¿Que no se alejan de ti? Tus cartas son un fraude. Son un plan fraudulento. Son una carga de caballería. Solapada en apariencias. Todo bajo control. Como por el pasadizo de un tren alfombrado color concho de vino. Como en una película de Rusia o espías. No debemos descuidar nada. Sólo se vive una vez. Y todo tiene su límite. Para los demás. Para que yo lo salte. Y llegue a como dé lugar. A ese lugar. No sé a qué lugar. Pero llevo las manos flacas y blancas al fin de mis brazos también flacos y blancos. Y toco. Toco por aquí. Toco por allá. Y en eso me lo paso. Me lo he pasado más que nada en Alemania Occidental tocando esos muros fríos de rascacielos bajos y cubiertos de fierro y nieve. ¿Adónde voy a llegar? Yo mando estas cartas en donde los mantengo al tanto de mis whereabouts ¡A todos! Eso es lo importante ¡A todos! A ninguno en particular. A cada uno le doy su alpiste. Lo necesario es tenerlos a todos listos en caso de que haya guerra. En caso de que alguien me quiera matar. En el caso de que

alguien se quiera aprovechar de mí. Entonces yo les digo, se los comunico. Y arreglamos todo inmediatamente. Yo le digo a este imbécil, a este oligofrénico, a este baladí, lo que tengo que decirles (y se los digo de manera que entiendan lo que tengo que decirles). Y hago mis maletas. Y salgo disparado. Y ya no se me ve ni la sombra. Nunca más. ¿Cómo iba yo a saber que las cosas se presentarían como se presentaron? Yo no soy una santa. Ni soy un adivino. Ni soy una millonaria. Yo no soy nada. Y como nada que soy. Yo me defiendo. Yo también tengo que vivir. Yo me hago mi hueco. Yo tengo que vivir. También. Y mandar recados orales. Por lengua. Una que otra vez. Y mandar cintas magnetofónicas. Con instrucciones en clave. Para que los afuerinos se confundan. Los no iniciados deben mantenerse fuera de toda información. Deben seguir siendo no iniciados. Deben sufrir fuera. Mirando como peces en un acuario hacia fuera (o hacia dentro: depende desde dónde se mire). Hacia dónde nos encontremos nosotros, los iniciados: los que intercambiamos este tipo de cartas en las que liquidamos a un tercero y vivimos a su costa y a su lomo y a su espalda. Ya sus errores y a sus lamentos. Nosotros debemos seguir con esta correspondencia. Que como lo indica la palabra, es lo que nos corresponde. Yo seguiré con estas cartas. Yo no los abandonaré. Y ahora pretendo mandar fotos. ¿Qué les parece? Una buena idea sin fin. Precisamente sin fin. Esta es una idea que no tiene fin. Así es de buena esta idea. Esta idea infinita o sin fin que no termina nunca.

VI

No me has devuelto la calma. No me has devuelto absolutamente nada. Me has sacado. Me has saqueado todo el tiempo. No te has detenido ni un solo momento a examinar tus mentiras contra mí. A exigirles un mínimo de excelencia. A no reírte a mandíbula batiente de mí. Lo hemos perdido todo, eso creo. Cuando me paseo y me vuelvo y veo el desparramo detrás. Es demasiado para mí. Verse desparramado de ese modo. Verse tragado de ese modo. Eso es indecente. Y no es bueno al menos para mí. Que ponga ahora último a la salud y al bienestar del cuerpo alegre, por los cachos de la luna. Es peor que triste y deleznable. Para mí es una visión de callejón sin salida que no asimilo. Algo pasará que no es normal. O irrespirable (para mí). Ahora -yo lo llamo así- voy a dormir. (Sin pensar en lo que pensarías si supieras).

VII

Cuando uno llega muy lejos, en lo que sea, se pierde. ¿Porqué no haces conmigo eso mismo? Me confidencias tu futuro, tu verdadero futuro? El que urdes a mis espaldas, por si acaso, just in case. Yo no te salga o las cosas no te salgan como tú piensas o planeas que te salgan. Yo estaría dispuesto a comprender, a metamorfosearme paulatina o intempestivamente en cualquier laya de tu imparcial baraja de oyentes. Yo estaría dispuesto a llevar toda esa carga todo el tiempo pasándosela de hombrito en hombrito a esa multitud de placas u oyentes nacidos rápidamente, nacidos en un ¡Tris!, para poder yo adecuar me a tus voluminosas y heterogéneas necesidades epistolares. No me queda otra salida. Yo debo recuperar la calma como sea. Yo debo volver a las necesidades de mi día. Y debo satisfacerlas. No de otra manera podré volver a encontrarme contigo. Y con cualquiera que viva en los irreales confines donde muere la niebla o el rocío que suda el suelo que moja o apenas humedece la última de tus olitas, o el último de sus bordados de primorosísimo encaje! Así y ahí es hasta donde tú llegas. Y lo creas o no se desenvolverá o disolverá (también) en un ¡Tris! Esto me da un alivio enorme increíble de bueno y de animoso para mí. Pero dura lo que dura una mentira que dura el tiempo que la mentira dura. Todo esto funciona como me avergüenza y será contraproducente –para ésta carta– decirte. Empiezo y no termino. Me baña la angustia. Me baña la más lacia, la más sinsentido, la mas lejana desesperación. Sin embargo vuelvo furiosamente a empezar (como fruto de la desesperación). Sin embargo si supieras lo que

oculto te darías no absoluta y total cuenta pero al menos barruntarías que vivo y que soy la encarnación misma de una manía. Lo más difícil, aunque los maestros sepan que no es así, es soltar los músculos, es abandonarlos a su peso solo. Y es este peso solo el que sintiendo su sangre solo, se envuelve en su sangre solo, se pinta con ella solo, trata con ella y no hay exclusivamente nada más que sangre. Zarandeada y vuelta a las lomas de su cima. Todo parece muy fácil. Y tan pedestre. Y algunos se arrodillan y otros se acuestan y algunos se arrodillan donde otros se acuestan. Y yo me arrodillo y me acuesto. Y ahora sin embargo no me arrodillo ni me acuesto. No saco nada cuando me arrodillo ni cuando me acuesto. Me arrodillo y me acuesto para salir propulsado violentamente hacia atrás porque habiéndome subido a este plan de plataforma en forma de carta he sobrepasado, he superado mi anterior experiencia y por eso digo que yo ya no me acuesto ni me arrodillo cuando me acuesto y me arrodillo, me muerdo en el testuz como un gato y me rescato. He sobrevivido.

VIII

Ahora vamos hablar de tu vida. De tu lánguida y triste vida europea. De tu vida de la que nadie parece saber prácticamente nada, yo muy incluido, tú muy incluida, tu hermano muy incluido, incluso tu amiga recién llegada –y no tan recién llegada tampoco– incluida. Estoy en un vacío. Estoy en un hueco de tu historia y de ti. Y cuando despierto y a veces cuando me acuesto pregunto qué es este malestar este vacío que no es un vacío que no es limpio y sin aire como un vacío. Que es como un resbalín malsano. Que es como un malsano resbalín que es como una maldad que es como una mentira que es como una trampa –como una inofensiva y pequeña trampa contra mi vida– porque ¿Qué les ha hecho mi vida? ¿Qué es lo que les ha hecho mi vida –una vida que ni se nota– para que no sintiéndome mal sepa que puedo matarme sin preocuparme? ¿Y todo esto porqué? Porque vivo así, entre estas piedras, entre estas rocas, con estos espacios entre piedras y rocas, con esta superficie de la tierra como de arena y entre agua y melaza de un color de mostaza sucio y café y con la consistencia de la mostaza. Yo emerjo. Yo salgo mojado. Y todos sabemos lo molesto, lo desagradable que es estar mojado así, mojado casi húmedo, casi no seco y cubierto de arena negra como esos niños y no tan niños que juegan en playas cubiertas de petróleo haciendo castillos al borde de las olas y con el frío y el sol que se aparece y esconde y están mojados están con los brazos y las pantorrillas cubiertas de una arena negra y mojada y húmeda que los entume y ellos siguen ahí mojándose humedeciéndose y arrastrándose

y cuando ya es casi hora de irse corren a buscar sus toallas mojadas y húmedas y cubiertas de arena negra y mojada y se las ponen sobre las espaldas y se quedan mirando el mar temblando tiritando y con las rodillas juntas y con la carne de gallina y con los dientes castañeteando. ¿Y yo he podido huir de algo así o de eso? En mi vida. Con mi vida inestable. Con mis resoluciones a puerta cerrada en mi cabaña. Con toda mi historia. Con todo mi problema realmente aquí adentro. Sin darle cuenta a nadie de nada. Porque no es necesario y porque no los quiero asustar y porque no serviría de nada de todas maneras. Yo no me arrastro. Y yo ya no sé ya. Pero esta otra situación es peor en ocasiones: Montones de ropa sucia en vez de rocas. Geografía ignota totalmente desconocida. Totalmente neutra y molesta. Mala conmigo o esquiva o resbalosa o mucho peor aún, es una serie de abismos de juguete a los que sin saber o darle importancia me somete. Me hace zumbear la cabeza. Me cansa los dedos gordos de los pies. Me somete a la siguiente disciplina: me hace caer por los bordes de mi cama. Me hace caer por los pies de mi cama. Como agua. Como una lengua de agua. Como una camisa de dormir de agua. Me toma en ocasiones por donde sea o cualquier parte y me somete a resbalones a desalientos a caídas feas y de las que cuesta mucho salir. Uno queda en realidad, o en verdad, sin salir de ninguna parte. Se queda ahí abajo en el suelo en el desierto en el choapino rodeado de estos muros desolados como esos muros de Arizona o del Cañón del Colorado así con capas geológicas rojas o queda como esas miradas desde el bus hacia los cerros hacia esas manchas de colores verdes y blancas y rosas que suben y bajan en el desierto de Atacama.

Desde aquí uno no sale. No vuelve. No se devuelve. No camina y no escala de vuelta. Lo que aquí uno hace es levantarse y caminar hacia adelante o hacia un lado o hacia donde sea o incluso hacia atrás de adonde vino. Pero hacia donde camine ya no habrá, ya no hay lo que había antes. Así es que hay que caminar y buscar lo fino y no arredrarse ni preocuparse ni convencerse ni tomarse a broma y menos a lo trágico en serio o de un sueño o de una operación puesta en funcionamiento a expensas de un mal plan. Y hay que sobrevolarse y verse y complacerse al sentir cómo los pies de la cama nos tragan y se lo tragan y lo devuelven a de donde suponía erróneamente que saldría. Ya no es lo mismo –y ya lo dije– no estamos donde mismo. Persiste a lo lejos y aquí mismo bajo mis pies la sustanciosa tierra o planeta de argamasa o sémola claruchenta que nos sustenta. Y sustenta es una manera de hablar y de decir, es decir es una manera de no decir la verdad, es una manera de mentir. Porque a pesar de las crestas y cortinas y del polvo y las frazadas. Y a pesar de todo este mundo de antiquísimas y finas y lamentables de hilachentas y hermosísimas frazadas –frazadas que si uno las sopla se convierten en una lluvia de pequeñísimas pelotitas doradas–. A pesar de todo esto digo, vivir aquí no es una breva pelada. Y yo lo resisto en cama. Con mis libros. Con mi familia todos metidos en el cajón del velador que no tengo (tengo apenas una mesita que no es en verdad una mesita, es una especie de tarro de madera en el que ponen la tina de baño azul de plástico de mi sobrino Luciano). ¡Y así es como vivo! En parte por culpa tuya Y en parte por culpa mía Y en parte

por cartas tuyas Y en parte por saturaciones y humores fisiológicos indiscernibles y acérrimos de ambiguos y quizá también y sobretodo antiguos.

UNA GOTA DE AGUA

La hora después de almuerzo, contigo adentro, es fatal. Es la frazada es el calor. Es la inevitabilidad del compromiso y la lujuria. Lujuria es una palabra con garfio, una palabra inadecuada para los menesteres del cuerpo y del amor y de la temperatura y de la transpiración y de las brumas y de los encuentros y de las superposiciones más o menos duras y tensas o más y menos blandas. Y duras no es tampoco una buena palabra. Con algo ahí se choca, con el hueso detrás o al centro de la piedra. En todo caso es la hora de la siesta y doblado en forma de cintas de jamón y mantequilla en nuestra morada en Con-Con. Es tu hora. Es mi fatiga. Es mi desierto cenagoso. Es un asunto que paso a duras penas. Porque casi no lo paso. Antes lo pasaba –y a medias– echando mano de la memoria milenaria disuelta y solitaria. Pero ya no ya. Ya no lo aguanto. Ahora quiero. Ahora necesito. Ahora aúllo, aunque en silencio, por otra cosa.

por ti.

Nada puede reemplazarte ahora. Paso las horas tieso, como una tabla sobre la cama. Y una sola gota de agua me atraviesa de pies a cabeza. Como un mendicante, como un pordiosero que se arrastra bajo un sol implacable, inapelable y arrodillado en los extramuros del drama hollywoodense de cierta cinematografía universal exasperante chillona y proliferante. Una gota de agua así, aplastada y baja que va perdiendo consistencia y que no está llena de agua y que cada vez tiene menos agua y menos redondez y forma y se va hundiendo y va dejando esferitas de humedad hundirse como a burbujas de aceite, chicas de [insignificantes o peor, en la madera. Una gota que no es ni siquiera una corbata o texto lamentable de la historia de su propio paso. Es un asunto visto desde arriba bajo una luz violeta como de impecable oficina

israelí de níquel o de algún nuevo tipo de transistor pulido y aristocrático. Todos lo ven y yo mismo. Esos ojos vacíos y de madera desde el mismo techo sin nada y secos de su aliento en forma de aluviones de polvo. Y yo sentado en el vidrio, en el alféizar de vidrio y de los clavos, de los únicos 2 clavos largos y solitarios y plateados de mi ventana de al fondo. Desde ahí nos vemos a mí sobre un palo, encima del palo pasando como este caracol de agua pequeñísimo y sin su caparazón, hacia donde voy. Y voy pasando sobre ti, pasando sobre tu ausencia y pasando sobre tu memoria y sobre tu presencia sobre todo cubriendo las meninges como una compresa de masa o de para los panqueques verde y agujereada y con su propia temperatura, una temperatura de barbero, de toalla de barbero en las mejillas, en los maxilares, en las mandíbulas, en el sacadito superior del labio de un cliente bulboso y pulposo y blandengue y de ojos de sapo hipertrofiados y amarillamente verdosos como los de un marciano de revista de historietas. Voyme viendo y me voy viendo en éste trance de pasar sobre ti sin pasar sobre ti en absoluto. Me voy viendo en la necesidad de extender mis sensibilidades y todas mis inteligencias y todos mis retazos y lanzo al frente todo mi policrón dándose vueltas y lanzo todas mis sábanas y mis lenguas de género y de alfombras mágicas todas van lanzadas hacia delante y en su progreso me benefician. ¡Debemos salvarme! Ese es el grito. Esa es la consigna. Pero todo esto es algo muy silencioso. Es algo de mi propio yo y silencioso. Es de un trabajo aquí, entre las uñitas, como de una cosa asquerosa y muy íntima. Es una conflagración personal y muy íntima mía y muy púdica y muy pudorosa y muy intransferible y muy espaciosa y sobretodo para mí es preciosa. Son los ardides, son las argucias malamente llamadas. Son las llamadas de auxilio. Pero silenciosas como ya dije, personales, como desde adentro, como caminando por el interior del auxilio, como caminando por dentro

de un calcetín caminado por dentro, sin gritos, sin bulla, sin extroversión. He lanzado además olas espirituales, olas de ánimo de algo intangible que sin embargo nos afecta como tangible y nos ayuda aunque debamos reconocer que poco. Poco me ayuda ahora por ejemplo. Y ayer me ayudó poco también. Y antes de ayer. Ya no sé a que tomarme y no para solo defenderme de ti sin ti. O contigo de una manera, de esta manera que no sale sin las barajas de cartón blanco y simétrico que me nieva longitudinalmente encima. Yo ya no sé a qué asirme dándome cuenta pensando y sabiendo y sobretodo viéndome lanzado hacia atrás como de un impacto de obús o de balas de cañón de una corbeta o de municiones que me lanzan fuera de los muros de vidrio de un rascacielos de cristal. Así es como de separado me percibo de las cosas. De todas las cosas, tanto de las que pienso y veo como de las que toco y sueño. Estiro los brazos y nada. Y las manos al fin de los brazos abriéndose y cerrándose trágica y mecánicamente y para la risa y poliomelíticamente. Ahora estoy en la situación del que sin hallar nada que hacer con nada de lo que posee, con nada de lo que ha desembocado un buen día en él, tiene que andar en la indescriptible situación de los huecos y de las ausencias como de laberintos de recovecos absolutamente hirientes y erizados de la falta de las mismas puntas y garfios y agujas que muestra. Es un resbalín. Es una sábana. Se vuelven a repetir. Es una corbata larguísima y de seda y plateada por la que te deslizas. Y a los lados nada o encima todos estos filos y los garfios de goma y las cosquillosidades y las quisquillosidades en juego y la insistencia monótona pero erizada de una situación que no respeta ni predice ni guarda ni alerta los pasos que se han dado, de los que se darán, de los que se deberían dar. Todo está hundido en los dientes de la situación.

En su necesidad. Y en los de su necesidad de guardarnos de un pasadizo comprensible y confortable y con el más futuro y lleno de vaivenes y de ires y de venires y no es posible pasar tardes gloriosas como estas cuando deberíamos estar absolutamente completos absoluta y dolorosamente completos entregados a una suerte de redonda y panzuda idiotez absoluta gozando de la total y absoluta falta y ausencia de reflejos y de esquiras y de objeciones que al fin son su antítesis y contrario: son pequeñas sombras irreales cuajadas de miriñaques de alambre enroscadas sobre sí mismas y dando un espectáculo a los que logran ver sus tripas que no existen o que son una sola tripa larga y gris como de mercurio y de agua sucia y lacia con una pequeña curva y que nos devuelve a lo que decíamos antes o a sus mismas ondulaciones: ¡Yo camino por aquí! Si lo que hago es caminar. Yo antes había comprobado que lo detenía y salía. No estaba extraordinariamente instalado en el mundo exterior. Pero tenía donde sentarme y reposar. Y por lo menos, o por lo menos, a intercambiar algunas palabras. Que eran música para mí, que eran serpentinas. Y que me –llamémoslo así– distraían. Esto es distinto ahora. Se trata de un pasadizo interminable que no es interminable en absoluto. Si yo lo pudiera calificar de interminable o de no terminable o si yo pudiera calificar su tamaño de cualquier manera estaría en una situación espléndida o envidiable en comparación a la situación en que ahora me encuentro. En esta situación que yo percibo infantilmente como sin fronteras. Una insatisfacción que no es una creación fantasmal. Una incineración. Una suerte de incineración. Una suerte de sujeto que vino a retirar todas las cosas. Una suerte de generalizada evasión.

Una globulogastroemanación que roe. Y roe. Y roe ¿Y roe, qué es? Es gastar parejo y pequeño y sensible y humedísimo, poritos al principio, que luego devienen secos. Y llegamos. Y alcanzamos. Y llegamos a la garganta: Roen la garganta. O roe la garganta. Ahí se roe: en la garganta. No hay espacio sin su garganta y sin su cáncer. Sin su ausencia de humedad y pantano. Que lo roe. Lo seco es lo que roe. En esta topografía incierta. Con estos bolones. Con estas volutas. Con estas hinchazones. Con estas cosas moradas y duras y brillantes que sobresalen. Y que hundidas de pronto hundiéndose más todavía nos lanzan fuera en forma de globulinas de aire rotas como cáscaras de maní o de sangre. ¿Voy a dar un paso más en paz conmigo? ¿O en paz con la mugre o artículo suntuario de mi lamentable presencia una vez más?

INSOLACIÓN

Creo que lo sabe o por lo menos lo sospecha. Cualquiera pretexto es bueno. Y cualquier pretexto es malo también. Ofrece primero y después pide o busca interminables sesiones de fotografía en las que soy expuesto y bañado casi hasta la insolación. Ahora no puedo huir. Atesoro sus blancas nalgas en mi memoria como un ramito de portulacas. Sin darme cuenta he salivado. Ahora sólo me resta volver a volverme atento. Postergo la huida como un adicto hasta la última próxima vez: Un solo extenuante baño de sol más. Como en un charco de romadizo el caimán.

CATATONIA

estoy viéndolo pasar
bajo mis propias narices
y en estos precisos instantes
Y en vez de detenerlo para prevenir
las más que predecibles y catastróficas
consecuencias

me quedo inmóvil
paralizado por la memoria de unas piernas
por la memoria de unos pelos por la memoria
de unas nalgas y por la voz de una mujer
que dice oler con gusto a poto.

ULTIMATUM

claudia
o como te llames
no eres sino una más
una aguja más
una ausencia más
un pantalón más
un par de gigantescas tetas o senos más
que me desertan
que me abandonan sin querer.

y yo
y nadie más que tú sabemos
que había que acostarse
y nada más .

MALDICIÓN

¿Por qué no te vas
a limpiar una piedrecita
en el desierto
bajo tus mechas y al sol?
¿Y haciendo
encorvada una fogata
en el cuévano de tu plexo solar y
de tu arrugadísima guata de
albino lechón letal
te ídem?

DEFINO TU POTO

tu poto
 es la presencia
 multitudinaria en mí
 de lo que inmisericordemente
 alarga posterga y retuerce
 su existencia fuera
 y a expensas de mí.

ESA RUBIA

OTOS UT ONIUD

esa rubia
encierra mi
odiosidad en
un globo que
posteriormente
ella misma transporta
como a una gota de rocío
sobre la cola de caballo de
su moño rubio.

ALABADA

No he logrado moverme aún. Anoche rasguñe un ojo. Se fueron sin poto. Y la perra tenía pezones como de goma y negros y grotescos y repelentes. ¿Y voy a seguir? A lo mejor será un alivio dentro y hasta los cien próximos años. Hasta que se me caiga la mano. Hasta que se me cansen los dedos. Hasta que me vuelva de madera por el brazo para arriba hasta llegar al hombro y así llegar hasta la cabeza y llegar y subir hasta la punta de cada pelo de la cabeza. Esa mujer alabada en los balances. ¿Cómo escribe? ¿Puede salir de su cuento de Blanca Nieves? ¿Puede tomar una línea y decirnos qué hace una letra ahí, una coma allá, una palabra acullá? Es la fantasía de los demás y sobretodo la ignorancia del puritano sin dientes y de la otra vestida de brindis como si fuera el palito en forma de jabalina o espina de palo blanco en el que hunden su abdomen los adoquines para el cocktail de queso y los balones de fútbol americano en miniatura que son las aceitunas. Voy a liquidarlos a todos. Y a este suave imbécil taimado primero que a nadie y de todas maneras. Sólo puedo cubrirlo con una capa. Con una toalla blanca y recién lavada y con cada uno de sus tentaculitos de tiza o estrella de mar de yeso. ¡Y ya se fue! Pasó a mi lado en silencio a la siga de sus palas y de sus pinzas o de alicates con los que abre guatas de mimbre donde intrusea. Se van puliendo las imágenes. Se van puliendo las ideas. Cuando anoche las vi alejarse o irse o bajar por el granito trizado de la escalera morí a mi manera. Volví a revolcarme buscando en mí

un espacio en forma de madriguera donde ocultarme.
Donde introducir una sonda por el lagrimal de su
larguirucho tubito yendo a buscar un poco de agua con
sal donde chupó antaño su llanto el antisudoral manchado.

SÁBADO 28/2/87

Debo partir de aquí.

¿Debo partir de aquí?

De donde no es fácil definir la sensación de ausencia
y vértigo, simultáneas, volviendo a ti.

¡Es un pene lanzado al suelo y sin fondo!

Y de aire como la quilla de un yate o mejor
de una piragua de lo graciosa y débil
de barro y greda cocida o sepia y movediza
por lo etérea.

No sé muy bien lo que pasó, lo que pasa.

Debo despegar.

Debo elevarme otra vez sobre tus cartas y ladear
mis alas.

Debo levantar vuelo y debo sumergirme y revolcarme
y salir del fondo del lodazal con un objeto en
la mano, antiguo y de metal.

Ayer y antes de ayer y antes, me vi preso de los
pasos blancos de una niebla olvidadiza que abrió
mis oídos al cansancio y a la lasitud y a las
tabletas mas desalentadoras de ausencia.

Ausencia en la que no cabías sino tú, tendida como
un estropajo de madera y de fibra y de estera y
de arpillera y todo esto bajo la capita de agua
claruchenta pero inmunda por lo inmóvil desde
hace mucho y que trae a colación la silenciosa
mudez vociferante por ejemplo del sujeto de la
chancleta ese día medio a medias mojada y puesta
por mí al sol frío y crepuscular bordeando el río.

Es un asunto de audacia y mala fama.

O es un asunto de idiotez o falta de astucia o de

no entrar –todavía– por el sendero de la fama
¡Y cómo te gustaría que nos gustara la fama!
Nos aliviaría y nos mandaría contra el cielo en
forma de campana o embudo de fuego y de luz,
artificiales. Para volvernos a encontrar sobre
la tierra y el frío de las playas entrando en
la noche como dos palos de fuego artificial insignificantes,
uno al lado del otro, ateridos de tiosos.

Te contaré algo.

Te contaré algo que no le he contado
a nadie nunca.

Algo que no me he contado ni a mí mismo
y que ni siquiera he escrito porque no
he podido.

Se trata de algo extremadamente simple y
monótono y por eso creo que no he podido.

Se trata de lo que no he puesto.

De lo que no he podido poner nunca.

De lo que siempre queda fuera, se me queda fuera.

De lo que no he podido incorporar.

Y se trata sobretodo de historias o recorridos
a pie o líneas sinuosas dificultosamente apenas
que bordeando piedras insignificantes avanzan
imperceptibles por la berma de la más torpe,
de las más fome, de las más lacia de las veredas.

Se trata de la inconciencia mía y de la luz.

Y de la conciencia exacerbada de cinturones y
solapas.

Esto que parece mentira es la pura y santa verdad.

Imaginen o es imposible, yo desciendo a donde siempre,
bajo un sol glauco.

Esperen, no estoy ahí todavía.

No estoy ahí del todo.

Y no hago más que postergar y postergo y me suspendo
y hago cualquier cosa por ausentarme y no ir.

Es un chiflón que me pasa y me traspasa con cientos
de miles de pepitas de arena y golosinas y envoltorios
y yo estoy en la duda eterna y enorme, la indecisión
es ya una moldeada y maniobrable certeza. En nuestro
caso a lo que uno renuncia es a una suerte anterior
de hueco ausencia o espacio.

Antes de comenzar, antes de la partida y mucho antes
me doy cuenta que sujeto idiotamente las riendas,
me doy cuenta que no me gusta decir "sujeto las
riendas" en cambio me gusta un manojito de ovillos
de huero que son de cuero y tallarines como las
riendas.

Debo decir creo
que lo mejor será abandonarse del todo.

Es decir explotar.

O transformarse en un enorme plano.

O en una enorme planicie.

O en alguna interminable superficie con referencias
o tumores o granos o minaretes o nada o
esos gárrulos de cobre negro azulado y
con gorgoritos secos de los restos de los
cadáveres incinerados.

No puedo entrar corrigiendo.

Está prohibido.

Y creo que lo tienen prohibido.

Que me lo tienen, que me lo tengo -lamentablemente-
prohibido .

Y que la entrega de roedoras fiebres no será en la
forma de sinuosas novedades.

Parto y freno y chanto y parto de nuevo al poco rato.

Y entro por cualquier parte.

Aunque siento que todavía (hoy día) no entro en ninguna parte.

No es sólo el cansancio.

Ni tampoco esa lengua de agua seca y larga puesta sobre la tierra como un espiral de caracoles de grava o asfalto.

Se trata de un gorgoteo, de un borborismo interno y de tornillo cartilaginoso que corre y cruje por detrás de las orejas entre los ojos al centro de la cabeza.

Se trata de una música oída con el oído interno que no es otra cosa que una oreja pero mas chica dada vuelta de adentro hacia fuera y que nos saca trocitos del cráneo así perfectos circulares como redondelas o chauchas de cal o cerámica que ruedan por nuestro pescuezo hacia los hombros chorreándonos la cabeza.

SOBREDOSIS

hay
tipos
que logran
conseguirse
un enano semejante
a ellos mismos para
inyectarse o darse una
dosis doble o peor
de sí mismos. —sobredosis—

PENSAR

He conseguido esta vida envuelta en su hollejo seco. Que me permite vivir. Que me permite caminar. Que me permite sobretodo pensar. Y usar estas pelotitas del pensar. Y usar estas que son a veces madejas. Y usar toda ésta cubierta montaraz cubierta a su vez de piedrecitas. Me ha servido para instalar un orificio en forma de cigarro apuntando imaginariamente al cielo como un fino cilindro antiaéreo de una batería de telescopios. He logrado pensar incesantemente. Y esta gracia o subterfugio ha conseguido para mí el milagro de una incesante también mochila de tubos de mármol de oxígeno coloreado. Así es como he logrado fundir pensar y convivir. Así es como he logrado desplazar mi cuero agujereado y gastado. De mi casa. A la casa de al lado.

EL RESPLANDOR

La
verdad
existe
pero se desplaza. La
verdad por otra
parte, no es un objeto,
es una relación. Es como
un resplandor que se desplaza
sobre los objetos, sobre los
pensamientos, sobre la geografía,
sobre la columna vertebral
de las cosas.
Y es la relación de las hebras en
un tejido la que produce el resplandor.

LAS COSAS VERDADERAMENTE VISTAS Y SENTIDAS

extienden su propia alfombra
dibujan su propio sendero
derraman su propia leche
pintan su propia pieza
abren su propia boca
extienden su propia ola
caminan su propio patio
enceran su propio patio
moderan su propia ira
sudán su propia tinta.

EL MUNDO EXTERIOR

el mundo exterior
es una irresponsable
ola de gozo extendiéndose
como la sombra de una lechuga
descomunal sobre la arena.

COMPRENDER

com-
prender
es apagar.

(lo
que se
prende.)

BODY AND SOUL

el cuerpo
y el alma
descansan
sobre un par
de zapatos

el cuerpo descansa
sobre el zapato izquierdo
y el alma
sobre el zapato derecho.

ES UN DOLOR

I

Es un dolor que ya tiene atontado al yunque donde sin tregua pega. Yo me voy a buscar un refugio de goma. Un cilindro de caucho. Algo negro y grueso donde ocultarme por si las moscas. Algo a que aferrarme como a un racimo de uvas que sube y cuelga desde las sucias nubes que hundan su guía de aguachenta ceniza en la grisácea encía. No hay dónde hacer ninguna otra cosa. O encontrarte y buscar un silencio enrollado. Un incesante hacerse el leso que a medias o intermitentemente me alivia. Cuando veo esa línea por encima como si fueras parte. Como si fuera esa misma línea redonda y cobriza y godofreda y cuajada de poritos y de la luz del visillo en la ventana. ¿Dónde vamos a encontrar, digo yo, algo que haya ensamblado tan turnia y satisfactoriamente así? No es posible, no es posible no subirse al trineo del lenguaje. Al trineo de las palabras. Al trineo de la evasión que no es otro a veces, que el trineo de la desesperación, de la dilación, de la suspensión, de la ceguera en el desierto, del poco de agua, del poco resto que llega y queda. O de lo que a uno le alarga prolonga y extiende al mismo tiempo que un largo calzador de corteza beige como de cartón piedra y curva nos abre un medio cilindro de polvo mejicano en forma de asistencia por debajo. ¿Y cómo continuar? Y no detenerse. Y mantener en constante flujo esta

línea de unidades verticales y descuajeringadas, que tropiezan, que se arrodillan, que se levantan, que saltan, y que hasta incluso a veces cantan?! No puedo acercarme a ti. En atención a eso he guardado el álbum de cartas y he guardado el álbum de fotografías. Y he guardado sobretodo a distancia esa proximidad de ondulación de epidemia o de instigación babosa y pegajosa e insidiosa de la memoria de tus maldades sin ningún remilgo ni perdón ni llanto ni ropa interior ni atenuante. Como tú has dispuesto las cosas. Como has recortado tu silueta y tu negra sustancia y de tres dimensiones y verde o negra como el vientre o guata del combustible o petróleo en el luminoso umbral de una puerta en calzoncillos míos seis años antes o más y mucho antes que Calvin Klein con sus engendros de piel brumosa en Nueva York lo hiciera en el Vogue y en las secciones lacias o criollas de colonias revisteriles suyas en Amunátegui o en la Moneda. He sobrevivido a cosas como esta. A tus palabras de molde y bronce. Duras, de las que huía. Pude aguantar tu pormenorizado relato de cómo te hacías, o mejor dicho: te confeccionabas, el moño. Pude aguantar unas muñequeras de lana rodeando tu carne, rodeando tu hueso y también tus dedos que se incendiaban de sostener tu cilindro de chocolate canela como un hombre para mear sostiene el suyo. ¡Y hablemos ahora del RIP! ¿Salí alguna vez yo del RIP? ¿Y de su gota? ¿Y de su pelo recién cortado afeitado y sacándome la lenguita? Yo te había guardado el sueño y tu te habías dado el trabajo de aparecer con un falso vestido blanco

de 32 enormes y blancos también dientes con cuello Beatle. Y todo vacío. Menos esa llama, ese relámpago, esa mancha violeta hecha jirones por un capricho de tu paranoia o celos un día después volví del RIP: aliviado, suavizado, adornado, recortado, ensombrerado, sobrevolado y hastiado en circunstancias que Man Ray hubiera usado para su Observatorio De Los Amantes si no hubiera tenido sus labios en forma de nube.

II

Tú me mandabas a comprar revistitas. Idiotas. Mientras yo miraba una piedrecita con una toalla húmeda en la espalda como un plato de guatitas o el tentáculo de una estrella de mar de sangre. Y volvías y te ponías mis pantalones y lo resistía. Y te dormías y yo lamía esa curvita en la curvita semejante a mi cerebro abierta en la bicoca de mi jockey con visera de lóbulo de oreja tirando para piel con entreverados de goma de cartílago imitación huesos de turbio Implatex. ¡Y esa otra pelotita! Jamás la olvidaré. Tú estabas siguiendo la línea de la curvita que ahora inmensa se prolongaba y se prolongaba hasta subirte la nuca para bajar por tus negros pelos hasta ondularlos donde terminan. Y la curvita seguía. Y entrando por tu tobillo se nos perdía. Y yo descansaba. (Parece mentira pero descansaba). Y todo esto es para eso. Para no ver la tiritona curva que la sombra de una tartamuda rama traza en una de tus mejillas de dulcísimo orangután. Y puedo descansar también de una línea blanca y gordita y llena de larga leche como el gusano de un dedo meñique de guagua. Puedo pasar por encima de toda esa luz negra y esos hilos de aceite blanco y curvo y blando y en forma de cintas y placas y puedo irme a tus ojos de vuelta dislocados turnios y abiertos de sudorosa melancolía, porque has dormido mal, porque has vuelto de un mal sueño y cenagoso de siesta por culpa mía. ¡Dios mío! ¡Y tus mechaz negras sobre la almohada! He subido a tientas, como he podido, chico y suizo y en pantalones cortos de cuero y suspensores, a posarme sobre la enfermedad

infantil o adolescente y evocadora de tuberculosis en El Desierto De Los Tártaros de Zurlini que viene y baja por tus ojos y se cae por las escaleras por dentro y para dentro de tu cráneo y tu cabeza. He vuelto a posarme sobre y como una moneda o un peso de goma o crema y pastel. He vuelto a esa luz pegajosa lo mismo que a los cristales muy finos y muy cristalinos que nos hacían decir o creer sin decir nada, que habíamos naufragado en un jirón de idilio que te entreabría la boca. Frazadita que nos ahorcaba y nos ventilaba y nos zarandeaba y nos daba la sombra y que a veces nos pasaba la mano por encima de la cabeza como si fuera la mano de una vieja beduina ciega. He vuelto a posarme sobre tu ceja, sobre la curva en forma de tu ceja, sobre la curva de tu felpudo de calor frío y de hielo como plaquitas de una escobilla para lavar la ropa. Ahí me he tendido como un astronauta, como un campeón de saltos ornamentales, a tomar el sol a tomar el frío a tomar la luz de tu sombra la luz de tu frente la luz de tu frente morena y blanca y transpirada y con pelos y pelitos de vaina desenvainada y negros todos tendidos ahí, en orden, con ritmo y ladeados sobre la grasa de tu frente planeada, planeada para ser así. Sobre tu cara, a la que después sigue tu pelo, tu pelo que se estira hasta llegar al final de sí mismo y llegar también así al final de ti misma. Que estás acostada ahí en esta ocasión para reflejarte para dar luces para que yo y el suizo chico podamos escalarte. Yo he logrado así protegerme de lo que una vez pasó, de lo que una vez pasó de una vez y para siempre. Yo te daría las vueltecitas y no me detendría. No me detendría ni siquiera en Talcahuano. Con su corona de oro subiendo al cielo más de oro puro

todavía. ¡Qué aire se respiraba ahí! En esa urbe
cruzada de limpios buses y con más de una curiosa
piscina donde yo perdía mis gafas Rayban. Ni ahí me
detendría para volvernos a creer las mismas mentiras
o a dibujar en tu polera las mismas teorías o para
simplemente, premunidos de un alicate, abrirte la boca
y así volvernos por fin el ángulo que nos liberaría
de ti.

LA GRACIA ES LA PRIMAVERA DEL ESPÍRITU

la gracia
es sacarlo entero
con su verde cola oleaginosa
y arrastrar todo el detritus
que flota en la misma
como en un río de gas
lamiendo el tubo.

LA TENTACIÓN

la tentación de creer
que no ha sido hecho
y que de entre las tablitas de su temor
saldrá otro blanco temblor flaco
—un trozo de viento immaculado—
que sí lo hará.

"EL OTOÑO ES LA PRIMAVERA DEL ESPÍRITU"

-Cyril Connolly-

y yo
he puesto
a lo que aludía
en la suspensión
ardorosa y vitalicia
de un afán que hubiera
incesantemente abierto las
puertas de un añorado pacer dorado.

BASTA

me basta
con ver la luz
que mira dentro
de mi catedral de huesos.

**OTROS TÍTULOS
SERIE POESÍA**

FRANCISCO CASAS
Sodoma mía (1991)

STELLA DÍAZ VARÍN
Los dones previsibles (1992)

EUGENIA BRITO
Emplazamientos (1993)

VERÓNICA ZONDEK
Peregrina de mí (1993)

GONZALO MILLÁN
La ciudad (1994)

VERÓNICA ZONDEK
Membranzas (1995)

SERGIO MEDINA
Historia del hierro (1995)

PATRICIO MANNS
Memorial de Bonampak (1995)

RAÚL CARIMÁN
Pictografías poéticas (1995)

RODRIGO ROJAS
Desembocadura del cielo (1996)

ELBA PERALTA
Monólogo infinito (1997)

LUISA EGUILUZ
Automóvil en la ruta (1997)

EUGENIA BRITO
Dónde vas (1998)

MERCEDES ROFFÉ
La noche y las palabras (1999)

RODRIGO ROJAS
Sol de acero (1999)

CARLA VIDAL NEUT
Reductos del asco (1999)

**COLECCIÓN
UVAS DE LA IRA**

CARMEN BERENGUER
Naciste pintada (1999)